

LA SUBLIMACION POR EL DEPORTE

Por José Vicente Castro Silva

Los múltiples ejercicios que abraza la gimnástica no fueron en Grecia un arte de exhibición, ni una observancia impuesta por la moda, ni una profesión lucrosa, ni una excusa para pensar, ni un pretexto para embrutecer, ni un salvoconducto para romper con la delicadeza de la urbanidad y la distinción de los modales. Tampoco fueron escuela de rudeza ni culto de la pujanza material en que el ápice del adelanto consistiera en adquirir fuerza irrestricta y donde las facultades del alma fueran a perderse a más andar en la jurisdicción de la carne sorda y maciza; trueque ilícito del ingenio celestial por las propiedades de las fiestas bravas.

Cierto es, en cambio, que ya en tiempo de la Grecia prehelénica andaban los púgiles y luchadores celebrados en los frescos de Tirinto y en los marfiles de Gnosso para comprobación de que los Egeos eran sagaces admiradores de la destreza corporal y de la musculatura viril y bien proporcionada. Pero solamente Grecia halló el secreto de darle al cuerpo humano la plenitud del desarrollo y de aplicarle a esta obra suprema de la divinidad el ideal de armonía entre lo bello y lo justo que es quizá lo que mejor caracteriza el ascendiente imperecedero de la civilización helénica.

En ella es la gimnasia una preparación indispensable para la vida social y una palestra risueña donde el ciudadano se agilita para que la defensa del suelo patrio y de sus instituciones no le sorprenda desmañado y bisoño; es también una disciplina simultánea para el cuerpo y el espíritu, porque todos saben que el alma noble y fuerte necesita albergarse en una carne sana, limpia y entera. Admíranla los griegos con mente de artistas, pero su preocupación estética arraiga en el conocimiento de las necesidades públicas, por lo cual atribuyen sin vacilar a la gimnasia la victoria de los atenienses en Maratón, y Sócrates reprende al joven Epígenes en estos términos: Desaliñado y enteco me pareces, desprevenido estás para el combate en que se juega la vida; advierte que la ruindad de la complexión a unos les dobló el peligro, a otros les costó el honor y a muchos les mermó los alcances; a no pocos habrás oído apellidar cobardes



que son allá dentro valentísimos, pero que acá fuera se sienten presos y oprimidos por el embotamiento y torpeza de los miembros. Fatiga y lidia recias y acompasadas necesita el cuerpo para que otro día sea de provecho y no de estorbo en los azaros de la guerra, en el servicio de la nación y hasta en el socorro de los amigos. Entiende asimismo que no hay lucha ni acto de la vida que te hagan arrepentir de esos ejercicios corporales; al fin y al cabo el cuerpo es el instrumento de que a todas horas y dondequiera nos servimos, y sería necedad que no procuráramos hacerlo dócil y perfecto. Aun aquellas funciones que te parecen más reñidas con el cuerpo, quiero decir las de la inteligencia, no lo están en realidad, porque ya ves que el pensamiento suele desconcertarse a causa de la mala disposición corporal. Y si te traiciona la memoria, si pierdes los filos del entendimiento y se te pasma la cabeza, si te vencen los desmayos de la pereza, si finalmente se te desvanece la razón y pierdes el seso, de todo has de reconocer que su raíz está en la disposición viciosa, enclenque o enfermiza de este cuerpo que sirve a la inteligencia como el sistro, la cítara y la flauta sirven a los músicos.

Que Jenofonte me perdone esta paráfrasis que acabo de hacer de una de sus mejores páginas; perdónemelo en gracia de la recta intención con que pretendo hacer sentir lo que realmente se pensaba en Grecia acerca de los deportes; perdónemelo y agradézcamelos porque me ha dado ocasión de mostrar que la agudeza socrática se da la mano con la sabiduría revelada que nos enseña esta máxima de diáfano realismo: "El cuerpo que se vicia, agobia a el alma".

Las palabras de Sócrates a Epígenes, ¿qué calificativo reclaman en justicia si no es el de "ascética"? Y no parezca esto abuso caprichoso de la palabra que el cristianismo consagró para nombrar la purificación moral del hombre; porque "ascética" no es sino la misma voz "áskeſis" que allá en la Hélade designaba cualquier esfuerzo o ejercicio laborioso y metódico atañero a esa educación física o moral que Jenofonte acaba de mostrarnos. Ascético fue por tanto el propósito de los griegos al exaltar la gimnasia, y si no les fue dado atinar con la última perfección que se consuma en el reino sobrenatural ultrahumano, quédeles al mérito de haber enaltecido en el orden puramente natural esta hechura de Dios, que fue postrimera en la creación para que compendiase toda la beldad y las fuerzas esparcidas por el Universo.

Si ahora queréis ver hasta donde se alzó esta ascética de los juegos y deportes, verdadero culto del hombre, echad los ojos sobre una de tantas figuraciones de Perseo e interpretemos sus formas y ademanes: "Soy un vencedor —parece decir— y llevo en la frente el resplandor de la heredada majestad de Zeus; soy pronóstico vivo de conquistadores, preuncio de los artífices de libertad y adelanto de caballeros; en la serenidad de mis proe-

zas adivináis un anticipado desdén de los peligros; tengo por blasón la cabeza de Medusa y ahora la levanto para que vaya a campear en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, corcel relampagueante que me llevará en pos de todo lo glorioso, lo noble y lo divino. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas, arrebataré las pomas de oro en el jardín de las Hespérides y encontraré en Andrómeda la última sanción del heroísmo que es energía radiante, soberana y benéfica".

Heroísmo y héroes, eso es, lo que sacó Grecia de sus gimnasios, circos y palestras, que fueron por cierto escuelas de lealtad cívica y de ciudadanía aventajada donde sólo se admitían hombres libres y sin afrenta de infamia o de castigo; tales, en fin, que al presentarse en los juegos olímpicos se mostraran como acabadísimos dechados de la nacionalidad helénica.

Muy otras eran las turbas de jayanes y atletas de profesión que divertían al pueblo; y erraría en grande quien imaginara encontrar en ellos el prototipo de la gimnasia griega; que si la escultura los estigmatizó copiando sus semblantes desprovistos de toda lumbre interior y a veces francamente bestiales, Eurípides acudió también a zaherirlos con duro sarcasmo y vilipendio. No, en los dominios de Apolo y de Minerva no era lo mismo asistir a las olimpiadas y aplaudir la destreza o habilidad mercenarias o brutales, buenas cuando más para servir de paso a la novelería. No era lo mismo quebrarse de risa ante las bofetadas estúpidas, el crujir de los huesos, las carnes magulladas, los miembros rotos y las caras deshechas, o juntarse, poseídos todos de un no igualado espíritu nacional, a celebrar las fiestas panhelénicas en que los juegos y deportes ponían de presente las reservas de gloria y las promesas de imperio que Grecia custodiaba en el ánimo y bríos de su mocedad. Por eso la gimnasia llegó como a sacudir y a encadenar el ánimo de aquella nación con tanto hechizo y variedad de sentimientos que a juicio de Grote, sirvió de contrapeso a la desunión política y mantuvo entre ciudades apartadas, carcomidas por rivalidades y querellas, un lazo de fraternidad, un vínculo de simpatía y un fundamento de unión que las salvó de despeñarse en lamentable y prematura ruina.